

ta la integridad anatómica de los elementos sensibles; es necesario que conserven su arreglo y sus relaciones normales; así se puede concebir la ceguera de orden nervioso, *sine materia*, de la que he descrito varios casos que ofrecen notables caracteres.

En el supuesto de que el funcionamiento nervioso sea perfecto, debemos preguntarnos: ¿Por qué mecanismo una reacción determinada por un agente físico, la luz, se convierte en el organismo vivo, en una impresión sensorial y en un estado de conciencia? Es lo que ignoramos en el estado actual de nuestros conocimientos. ¿Llegaremos por ventura á saberlo algún día? La ciencia positiva no debe preocuparse por esto, pues su principal objeto es, como decía mi sabio maestro el Sr. Dr. Barrera, el estudio de las relaciones constantes que existen entre los fenómenos. Los datos adquiridos son útilmente aprovechados en la práctica, conforme al principio: «Saber para prever. Prever para obrar.»

Mucho se ha adelantado en el estudio del sentido luminoso, siendo de esperarse que á fuerza de perseverancia, se consigan nuevos triunfos; debemos creer que la ciencia en su constante lucha con las tinieblas de la ignorancia, llegue á disparlas por completo, consiguiendo que se haga la luz intelectual pura y radiante, como se hizo la luz física en el universo, según refieren las palabras del Génesis, sublimes por su sencillez: «Sea la luz. Y la luz fué.»

México, octubre 1º de 1905.

DR. JOSE RAMOS.

DISCURSO

DE

CLAUSURA DEL AÑO ACADEMICO

POR EL SEÑOR PRESIDENTE.

SEÑOR SUBSECRETARIO.

SEÑORES:

Noble y justo orgullo debemos sentir los que siguiendo antigua práctica, venimos ahora á celebrar un nuevo aniversario, á la vez que á inaugurar un nuevo año en las labores de esta docta Academia.

Favorecidos por la honrosa presencia del señor Subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, y engalanados con la valiosa asistencia de los señores representantes de honorables sociedades así como de la prensa, no podemos menos de pensar con satisfacción que la Academia Nacional de Medicina goza de honroso prestigio y que ha alcanzado quizá científica y socialmente el lugar que sus primeros obreros soñaran para ella.

La benevolencia de ustedes, señores Académicos, quiso colocarme durante el año que acaba de transcurrir, en la presidencia de esta sociedad, y cumpliendo con un grato deber, tengo que presentar á vuestra vista un bosquejo de nuestro estado actual, de nuestras tendencias y de nuestras necesidades, para que podáis juzgar si el espíritu que nos legaran nuestros predecesores no ha decaído, si no nos hemos apartado de la senda de progreso que ellos nos marcaran. Mas antes de tocar dicho asunto, creo ser fiel intérprete de vuestros sentimientos dando la más cordial bienvenida á nuestros honorables huéspedes.

La bien escrita reseña de nuestro primer Secretario, nos pone al tanto del movimiento científico verificado en el año académico que recientemente terminó; ella nos da cuenta asimismo de los pormenores concernientes á la parte económica; no será, por lo tanto, con esos datos con los que ocupe vuestra atención, sino que examinando vuestra labor desde un punto de vista más general, la llevaré para ponerla en paralelo con la recogida en otras épocas, cada una de las cuales marca, por decirlo así, una etapa en el desenvolvimiento de la corporación.

Creada, como es sabido, por disposición gubernativa en época de la intervención francesa, la llamada «Sección Médica» formaba parte de una gran «Comisión científica», cuyo principal objeto era poner al Gobierno en posesión de todos los datos conducentes al conocimiento de las condiciones biológicas y sociológicas en el país mexicano. Allí, en el seno de esa sección médica fueron discutidos los primeros y notables trabajos de D. Miguel Jiménez acerca del tabardillo y su distinción de la fiebre tifoidea, cosa que nuestro sabio clínico había anunciado mucho antes, en época en que los autores

franceses no habían fijado definitivamente sus ideas sobre el particular. Allí también fueron vertidos los primeros informes respecto de la llamada «Constitución médica reinante de la capital,» que con tanta frecuencia vemos repetidos en los números iniciales de la «Gaceta Médica.»

La «Sección Médica,» con el Dr. Ehrmann, como presidente nato á su frente, tenía un plan bien definido, y no obstante los elementos heterogéneos de que estaba formada, pues que al lado de los médicos del ejército extranjero figuraban muchas de nuestras notabilidades, trabajaba con asiduidad, no perdiendo de vista sus ideales científicos, cuales eran fijar los caracteres de nuestra patología y de nuestra geografía médica.

La retirada del ejército francés marca el principio de una época subsecuente en nuestra historia académica.

Disuelta la «Comisión científica,» y desmembradas cada una de sus dependencias, nuestros médicos, no queriendo interrumpir sus labores, continuaron reuniéndose, no ya con el carácter de «Sección Médica,» sino bajo el nombre de «Sociedad Médica de México.»

Esa época, ha sido sin duda una de las más meritorias que registran nuestros anales. Venciendo un sinnúmero de dificultades, la nueva sociedad verificaba sus sesiones, trayendo á ellas no sólo el contingente de su ciencia, sino también el pecuniario; y después de haber acumulado y dado forma á los materiales para la redacción de la «Gaceta Médica,» cada uno de los asociados tomaba esta publicación en calidad de subscriptor.

Durante este período, escucháronse numerosos trabajos de carácter más ó menos nacional y no pocas discusiones, entre las cuales una de las más interesantes fué la relativa á la vacuna, que por sí sola ocupó toda una temporada.

Sin embargo, al hacer en 1871 entrega de la Presidencia el Dr. D. Francisco Ortega, lamentábase de la decadencia en que había caído la sociedad, y expresaba sus temores de que ésta llegara á disolverse.

Este estado de cosas motivó que dos años después uno de los más insignes presidentes de la corporación, el Sr. D. Lauro Jiménez, iniciara reformas al reglamento basadas en principios

más amplios y liberales que permitiesen el curso del elemento médico en mayor escala.

Aceptadas dichas reformas la sociedad, con el nombre de «Academia de Medicina de México,» prosiguió sus labores, haciéndose sentir por algún tiempo la benéfica influencia de las determinaciones adoptadas; mas en 1875 un nuevo presidente, el Dr. D. Agustín Andrade, se vió obligado á proponer el nombramiento de una comisión que estudiara los medios de dar nuevamente impulsos á la Academia.

La situación anómala del país en esa época contribuyó, á no dudarlo, para que la vacilante asociación continuara en condiciones más ó menos precarias hasta después de la entrada del ejército mexicano á la capital en 1876, con nuestro actual Presidente el Sr. Gral. Díaz, á su cabeza.

No obstante las dificultades apuntadas, en este período no faltaron trabajos científicos de trascendental importancia, tales como los relativos á la influencia de los lagos vecinos á la capital sobre la salubridad de ésta; al estudio y juicio crítico de los hospitales de la ciudad; á la clasificación de las heridas, etc.; y pudieron notarse desde entonces, las tendencias de los académicos á consolidar la existencia de la sociedad, poniéndola bajo el patrocinio del Gobierno.

El establecimiento definitivo de la paz en nuestra República, así como señala una era de progreso para el país, inicia una nueva fase para esta Academia.

Los loables esfuerzos de la comisión nombrada para acercarse al Supremo Gobierno, y los no menos fructuosos del Dr. Adrián Segura en el Congreso de la Unión, dieron por resultado que en el año de 1877 le fuera concedida á la sociedad una subvención de \$5,000 para que atendiese debidamente á sus diversas necesidades, y para que premiase de una manera decorosa los trabajos científicos de mérito, realizados con el fin de obsequiar á sus convocatorias.

El 1° de octubre se inauguraba el año académico siguiente bajo la presidencia y auspicios del primer Magistrado de la Nación, verificándose por primera vez la sesión solemne en este salón; adquirido definitivamente para que en él tuvieran lugar las reuniones.

Con los nuevos elementos este cuerpo académico adquirió nuevo vigor, y pudieron escuchar, algunos años más tarde, los concurrentes á una de las sesiones de aniversario, cómo brotaban palabras de satisfacción y beneplácito de los labios de aquel mismo presidente que se lamentara de la decadencia algunos años antes.

La protección impartida por el Gobierno á la Academia dió de tal manera estabilidad á la institución, que desde aquella memorable época quedó trazado, por decirlo así, el curso regular y uniforme de ella. Desde entonces, en un largo período de cerca de treinta años, no han sufrido interrupción sus labores, ni ha faltado el concurso de los socios, entre los que descollaron durante la primera mitad de este lapso de tiempo, esa pléyade de ilustres médicos que forman una de las glorias de nuestra patria. En el trascurso de este último período varias veces se ha hecho patente otra tendencia en el seno de la corporación: es la de estrechar más los vínculos con la suprema autoridad que le protege, ofreciéndose á ésta con el carácter de cuerpo consultivo, idea impulsada y sostenida con el prestigio de uno de nuestros maestros más queridos, el Dr. Rafael Lavista, y que ha sido tenido en cuenta no sólo por el Superior Gobierno, sino por algunas sociedades científicas, como lo prueban los casos en que ha sido sometida al criterio de la Academia tal ó cual importante cuestión.

En el terreno de la producción científica, la última época, inaugurada en condiciones tan halagadoras, prometía ser fructífera, y así fué de hecho, como lo prueban los veinte y tantos volúmenes de la Gaceta que, sin interrupción, se han sucedido desde entonces. Entre tantos escritos como figuran en esa serie, muchos hay, de los cuales, cada uno por sí solo, basta para acreditarla, así como para atestiguar el espíritu de investigación y progreso de sus autores. Tales son por ejemplo, las diversas memorias acerca del tifo exantemático, la monografía del Mal del Pinto escrita por el Dr. Ruiz y Sandoval, el estudio de las aguas potables de la ciudad de México por el Dr. Peñafiel, y las varias comunicaciones é informes de carácter clínico relativos á la fiebre amarilla, etc. Es admirable la crítica que, á este último respecto hace el Dr. D. Ignacio Alvarado de la patogenia del vómi-

to prieto tal como fué expuesta por alguno de los académicos.

Confrontando las diversas etapas de este último período, salta á la vista un contraste. En el primer decenio, al lado de artículos científicos de carácter concreto, de asunto particular, hay otros de importancia más ó menos general, que revelan la índole de la época, índole que se ve reflejada igualmente en los términos de las convocatorias. En los años subsecuentes, y llegando hasta nuestros días, se advierte, por el contrario, que junto á escasos trabajos de alcance general, hay mayoría preponderante de temas particulares. ¿Revela acaso este contraste una nueva decadencia en las energías, una falta de aquellas nobles aspiraciones que tanto levantaron á nuestros predecesores? De ninguna manera, ello es efecto de multitud de circunstancias, entre las que figuran en no pequeña escala, la evolución del medio social, y quizá la evolución misma de las ciencias médicas.

En efecto, nutridos en tiempos pasados casi exclusivamente con las doctrinas de la escuela francesa, tenían que retratarse en nuestros conceptos y en nuestras producciones las tendencias generalizadoras de aquella escuela.

La creciente multiplicidad de los medios de comunicación, el aumento progresivo de nuestras relaciones con otros países, fomentando en el ramo médico por las constantes pensiones y delegaciones á los congresos, nos han puesto gradualmente en familiaridad con otras tantas escuelas, cuya esencia es diferente de la de aquella, y nos han dado á conocer otra manera de aplicar los métodos para llegar al esclarecimiento de la verdad. En no pocos escritos de los que venimos teniendo en cuenta, figura un basto caudal de observaciones particulares, encaminadas á demostrar, de modo irrefutable, un hecho concreto ó la relación que éste tenga con otros de la misma categoría; y contados son los ejemplos en que campean apreciaciones más ó menos generales, fundadas en ingeniosa teoría más bien que en demostraciones indis- cutibles.

Por otra parte, el microscopio con sus incessantes perfeccionamientos; la experimentación patológica llevada hasta la intimidad de los elementos de la sangre y demás tejidos; la microquímica y otros numerosos recursos, han impre-

so un curso tal á la ciencia de la Medicina, que pocos son los enjambres de trabajadores que pululan en los incontables institutos de la vieja Europa y de nuestra vecina república, ávidos de recoger y acaparar los interesantes é imprevisos resultados de esos medios de investigación.

Estamos pues en plena recolección de materiales y el edificio que con ellos se levante, no está aún al alcance de nuestras previsiones, para predecir si en su estructura dominarán los principios de añejas doctrinas ó surgirá alguna nueva que le dé carácter.

Los encontrados efectos que en la sangre y otros humores desarrollan las toxinas, lisinas, anticuerpos y tantos otros venenos ofensivos y defensivos, como nos revela cada día la experimentación, hace suponer que el humorismo está verosímilmente en vía de dominar una vez más en los cánones de la Medicina; pero las revelaciones que el microscopio ofrece á diario al explorador de los arcanos del organismo, poniendo de manifiesto cambios de forma y estructura, no sólo allá donde los trastornos de la enfermedad hacen suponer su existencia, sino también en los centros anatómicos de alta jerarquía con motivo de las manifestaciones más nobles del espíritu humano, demuestran que el elemento morfológico no puede perder nada de su importancia en los grandes problemas de la biología. Hay más aún: desde que van t'Hoff, con su química molecular descubrió nuevos horizontes en esta rama de la ciencia, la química física y la llamada osmología, en particular, poniendo de relieve la relación entre el peso atómico de los líquidos orgánicos y el estado fisiológico ó patológico de los elementos que los producen, hacen posible la aparición de una nueva doctrina conciliadora entre ambas.

En tal estado de cosas nada de extraño tiene el carácter concreto que domina en la obra de los académicos que nos acaban de anteceder.

Ahora bien, frente á todo ese pasado, ¿cómo debemos juzgar al año á que damos clausura? Uno de tantos, pudiera decirse en una sola palabra. Sí; pero si uno de tantos es por cuanto á que en él no se registra ninguna de esas transformaciones fundamentales que marcan época, tampoco se señala por ningún hecho de los que indican la decadencia ó anuncian un fin próxi-

mo. Lejos de eso, la enumeración de trabajos científicos que hemos escuchado, revela que la Academia está en plena actividad; y el entusiasmo con que han optado para cubrir nuestras vacantes médicas de indiscutible mérito, hace manifiesta la alta estima en que es tenida la corporación.

Los últimos concursos ponen también de relieve un hecho que puede servir de norma para introducir reformas benéficas en nuestra organización. Este hecho es que habiendo sido mucho mayor el número de los candidatos que el de las vacantes, se perdió el acceso de varios médicos honorables.

Si se aumentara el número de las plazas en las secciones cuyos ramos son más cultivados por las personas que se dedican con afán al estudio, se aprovecharía un contingente valioso para las discusiones.

Otro asunto en que parece imponerse la reforma, es el alcance que debe darse á los temas para las memorias de concurso optando á los premios anuales. Tiempo es ya de que, con los buenos elementos técnicos de que ahora se dispone, volvamos á emprender el estudio de esas cuestiones capitales de carácter nacional, que tanto preocuparon á los antiguos académicos, ya para completar la obra pendiente, ya para rechazar con buenos fundamentos ideas que se enseñorearon en nuestros círculos. En relación con esto, en vez de varios premios cortos, habría que señalar un gran premio y plazos más largos.

En punto á beneficios recibidos, estamos obligados al señor Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, por haber establecido nuestro subsidio definitivamente como subvención, quitándole el carácter de gastos que tenía, y que estuvo á punto de exponernos á alguna vicisitud.

Por último, en materia de necesidades, la que parece hacerse sentir es el ensanche de nuestro local con la anexión de piezas, para la biblioteca, archivo y museo, en condiciones que puedan ser fácilmente utilizados por los socios.

Tal es nuestro balance. Después de él, bien podemos decir que la Academia de Medicina sigue serena el curso de su vida científica, sin perder de vista los ideales de sus elevadas aspiraciones.

Señores Académicos, al hacer entrega á mi honorable sucesor del cargo que me confiasteis, dejad que haga públicos á la vez que mi reconocimiento, los votos mejores por el adelanto de esta sociedad.

Octubre 1° de 1905.

MANUEL TOUSSAINT.

ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA.

EXTRACTO DEL ACTA NÚM. 2.

Presidencia del Sr. Dr. D. Fernando Zárraga.— Sesión del día 4 de octubre de 1905.— Trabajo reglamentario del Dr. Emilio F. Montaña.— Discusión.

Para cubrir su turno de reglamento, el Sr. Dr. Montaña dió lectura á un trabajo titulado: «Algunas palabras sobre el tratamiento de las afecciones de las vías lacrimales.»

El Sr. Dr. Ramos felicitó al Sr. Dr. Montaña por el trabajo á que acababa de dar lectura, en el cual está perfectamente condensado uno de los puntos que habían tratado en la última reunión de la Sociedad Oftalmológica Mexicana.

Dijo que entre los casos de que había hablado el Sr. Montaña en su trabajo, no había mencionado el relativo á la presencia de cuerpos extraños que pueden radicarse en el fondo del saco conjuntival, que ocurren frecuentemente, y no se manifiestan sino por la epífora.

Refiriéndose á este asunto manifestó el Sr. Dr. Ramos, que la presencia de cuerpos extraños origina mayor ó menor molestia, según sea la susceptibilidad de la persona que los lleva y que las nerviosas no pueden soportarlos y sufren de una manera horrible.

A propósito del asunto, relató el caso de un rico inglés que acostumbraba dar personalmente su alimento á un pájaro que tenía, y que en cierta ocasión al llevarle el mill ó el mijo como se llama en español, tratando de quitar el polvo que la semilla pudiera contener, soplo sobre ella, con tan mala suerte, que una partícula pequeñísima, del episperma del grano, fué á alo-

jarse en el fondo del saco conjuntival superior.

Que el inglés no dió al principio importancia al asunto; pero más tarde se le presentó un lagrimeo muy molesto que lo obligó á recurrir á los cuidados de algunos médicos que lo sometieron á tratamientos variados sin resultado de ninguna especie.

Que el lagrimeo llegó á ser constante y el inglés tuvo que salir de Londres en busca de su curación, y después de recorrer las clínicas de Alemania, de Austria, de Suiza y de algunos otros países, estuvo en Francia, en donde el Dr. Galezouski, pudo verlo y después de haberle puesto una inyección para ver si pasaba agua por el canal lacrimal, lo que constituye un medio de diagnóstico utilísimo cuyas ventajas indicó el Sr. Ramos, el oculista citado invirtió el párpado y con el auxilio del alumbrado oblicuo, pudo ver y después extraer, el episperma que estaba profundamente alojado en el fondo del saco conjuntival y cubierto de mucosidades.

Relató igualmente el caso de una enfermita perteneciente á la clientela del Dr. Lavista, que parecía presentar un pequeño tumorcito en el fondo de saco conjuntival superior y á la que hubo necesidad de cloroformar para operarla, viéndose al verificar la operación que el lagrimeo de que padecía no era ocasionado por la presencia de un neoplasma, sino por la de una pequeñísima mota de estambre rojo que se había metido en el saco conjuntival y que por su semejanza con el color de la conjuntiva había hecho creer en la presencia de un tumor. Citó, por último, lo acontecido á un joven español empleado en una carnicería y al que le salto al ojo un fragmento de hueso que fué á alojarse en la córnea y simulaba una flictena, creyéndose que en efecto dicha lesión era de naturaleza escrofulosa, puesto que el aspecto físico la hacía aparecer como tal, y por otra parte el españolito tenía la facies y los caracteres propios de los escrofulosos. Fué visto dicho enfermo por varios médicos sin conocerse la naturaleza y causa del padecimiento, hasta que el Dr. Ramos pudo darse cuenta de la verdadera causa, practicó la extirpación del cuerpo extraño y el examen microscópico le reveló los caracteres histológicos del tejido huesoso.

Terminó diciendo que creía que si el Sr. Mon-